

# Eduardo Liendo

## De personalidades y mariachis...

### Entre sus obras:

*El mago de la cara de vidrio* (1973), *Los topos* (1975), *Mascarada* (1978), *Los platos del diablo* (1985), *El cocodrilo rojo* (1987), *Si yo fuera Pedro Infante* (1989, 1991), *Diario del enano* (1996).



### Poética de su escritura

La pluma de Eduardo Liendo se ha guiado por la exploración propia en una gama de inquietudes y experiencias políticas, por sus preocupaciones sociales, por la necesidad de mostrar el desdoble de las personalidades en nuestro mundo, e incluso por los atesorados recuerdos de charros y mariachis del viejo cine mexicano.

El autor reconoce que su primer trabajo publicado, *El mago de la cara de vidrio* (1973), es una crítica a la televisión como elemento enajenante. “En ese momento mi literatura no estaba desligada de un compromiso político ideológico. Pero *El mago* sorteó la prueba y no terminó siendo un panfleto”.

*Los topos* (1975) ha sido considerada una novela testimonial, aunque el mismo autor reconoce que “esto es contradictorio, hablar de novelas testimoniales, ya que las novelas son para mentir...” Sin embargo, ciertamente en el trabajo hay una intención de ser veraz, de no alterar la experiencia vivencial, utilizando recursos de la novelística: la creación del personaje, los planos yuxtapuestos, todos esos recursos de la narrativa... Aunque no conocía para entonces la novela *A sangre fría*, Liendo reconoce que las reflexiones de Truman Capote sobre el llamado nuevo periodismo, fueron importantes para este trabajo.

“Fui preso político durante varios años y una de las pocas posibilidades que teníamos nosotros,

aunque era clandestina, era escribir para la prensa clandestina de afuera, y eso creaba como un hábito... fueron varios años, una ejercitación al fin y al cabo, de la palabra, que siempre me había interesado. Pero siempre postergaba la dedicación a la literatura, que era lo que me interesaba vocacionalmente; la tenía suspendida por razones de tipo político. Una vez que terminó para mí esa coyuntura existencial, de la prisión, el exilio, el regreso, me reacomodo un poco a la sociedad venezolana y empiezo a escribir ficción, y a leer muchísimo...”

Solamente después y por señalamientos críticos el escritor notó que una de las posibilidades narrativas que más le interesaba era la del doble. Está presente en *Mascarada* (1978), donde “hay una reflexión sobre el rostro y las máscaras, sobre la simulación y la supuesta autenticidad, que fue realmente para mí un problema existencial verdadero, pero al cual como narrador le di una salida narrativa”. En esta obra el personaje principal se mueve de la timidez a la aventura, al romanticismo, al cinismo, a la lujuria, al éxito. Otra novela donde aparece el doble fue *Los platos del diablo* (1985).

Como integrante del Taller Calicanto, Liendo publicó textos breves, recogidos en *El cocodrilo rojo* (1987), donde están incluidos algunos cuentos que dialogan con sus novelas publicadas posteriormente. Ahí estaba “La venganza de Pepe el Toro”, texto que revelaba una vieja inquietud del autor, quien desde 1983 se había desencantado de un primer borrador de *Si yo fuera Pedro Infante*, por haber considerado el tema anacrónico.

Además del cuento, el escritor rescató el tema en un artículo largo para el diario *El Nacional*, que tituló “Los mariachis callaron”. Comenta que: “trataba sucintamente aspectos de la vida de Pedro Infante y de Jorge Negrete y mi admiración por ellos. Entonces el poeta Luis Alberto Crespo, director de *El Papel Literario* me dijo: te doy tres cuartillas más para que incluyas a Javier Solís, que es el que a mí me gusta”.

El éxito y las llamadas le hicieron pensar que el tema no era obsoleto o moribundo. Además, en un debate sobre la cultura popular en el Ateneo de Caracas, a Eduardo Liendo lo consideraron un “rancherólogo” y le dieron la palabra para hablar del tema. Resucitó el manuscrito. Reescribió la novela y así se publicó *Si yo fuera Pedro Infante* (1989, 1991).

Posteriormente, y también en relación con uno de los cuentos de *El cocodrilo...* apareció otro personaje con mutaciones, en *Diario del enano* (1996), una reflexión sobre el poder totalitario, autoritario, tema que le interesa mucho y que ya le angustiaba para la Venezuela de esos años, y “que no está desvinculado del contexto que estamos viviendo”.

## Influencias

Eduardo Liendo dice que no quiere ser mezquino, y reconoce en su trabajo múltiples influencias, aunque no percibe una dominante.

Considerando la importancia que tienen en un autor sus lecturas, este escritor tuvo lo que llama "lecturas accidentadas" durante su etapa como preso político. "Por lo general en la prisión uno no lee lo que quiere sino lo que le llega. Lo que más leí entonces fueron los clásicos del siglo XIX. Todo Tolstoy, Dostoievsky, Flaubert, y autores norteamericanos. Pocos latinoamericanos. Esa influencia más directa no la recibí sino más tarde".

Para Liendo, el Quijote que es una presencia directa y evidente en *El mago de la cara de vidrio*. "Es un libro quijotesco, su personaje principal es el maestro Seferino Rodríguez Quiñones, y ese Quiñones es Quijote..."

Con el tiempo ha llegado a percibir otra influencia importante: Herman Hess y *El lobo estepario*. "Toda esa reflexión de Hesse de la personalidad como una cebolla de cien telas, está en el doble de mis trabajos. No me voy a desembarazar de eso nunca. Ya lo tengo tan internalizado..."

## La narrativa venezolana contemporánea

Liendo tiene una buena opinión de la narrativa contemporánea venezolana, en lo cual —dice— no le acompañan muchos críticos. En su opinión hay trabajos muy interesantes, con gran oficio, realizados por mujeres, como Ana Teresa Torres, Milagros Mata Gil o Victoria de Stefano. En estos casos, como se percibe en la novela de esta última, *Historias de la marcha a pie*, no se trata de una novelista epidérmica. Es densa e interesante.

Liendo reconoce también el trabajo de autores como Carlos Noguera, Orlando Chirinos, y Ednodio Quintero, cuyos cuentos —considera— son perfectamente exportables. En el recuento también figuran Gabriel Jiménez Emán, Sael Ibáñez, Pancho Massiani.

Sin embargo, en opinión de este escritor hay problemas en la ubicación editorial de la literatura venezolana: recibe poca retroalimentación de otras regiones; se hacen pocas traducciones. Falta la relación con un circuito editorial más amplio.

Además —agrega— aunque la poesía venezolana es más reconocida, la expectativa en el propio país y en otras latitudes por lo que sería "la gran novela venezolana" no permite apreciar con buen criterio los valores reales que tiene la narrativa... "es como si los lectores estuvieran esperando siempre que surgiera otro *Cien años de soledad*..."

## Narrar en estos tiempos

“Un narrador es producto de su tiempo, independientemente de que él no lo desee, pero los tiempos son múltiples. No es lo mismo el tiempo de un narrador caraqueño que de un narrador del llano, o de uno chino. Son tiempos distintos y modernidades diferentes. Hay una suerte de convención universal de que empezamos el milenio, pero para mucha gente no ha terminado el siglo XX, ni siquiera el XIX y los escritores no estamos desvinculados de esa situación”.

Sin embargo, este autor reconoce que en tiempos recientes el papel del intelectual ha disminuido considerablemente con relación a épocas pasadas. Esta es la época de los expertos, los especialistas. “Hoy es inconcebible que un escritor sea consultado para problemas de la economía, o del destino del desarrollo del país. Estamos fuera”. Sin embargo, “el escritor sigue siendo una sensibilidad, un testigo que puede ser importante, porque es una referencia precisamente singular que marca cierta distancia del conjunto.. y a veces toca puntos significativos que tienen que ver con la manera como se expresa la condición humana...”

## Qué hacer por la paz

Eduardo Liendo no quiere ser escéptico, ni pesimista, ni llegar a poses tremendistas, pero entiende que hay voces preclaras que pueden hacer un aporte, un llamado a la sensatez, en determinado momento, lo que pasa —aclara— es que esas voces hoy están consideradas como angelicales, como una cosa que no tiene exactamente que ver con el mundo.

“Quizá el escritor que ahorita tiene más audiencia en términos mundiales para expresar una idea distinta a la globalización, y al capitalismo, es Saramago, que anda por ahí como un santón dando declaraciones, pero es poco lo que eso trasciende y el efecto que eso tiene realmente. Por supuesto que no cae completamente en el vacío porque los que sabemos quién es Saramago leemos sus reflexiones; lo mismo se puede decir de Sábato en ese último libro que es una suerte de inventario de su vida, y sobre la paz... Pero ahorita veo ¿qué significa la voz de Sábato en una Argentina que se está hundiendo?. Es un hilo débil”.

Lamenta que en la realidad las voces que se escuchan en este tiempo son las de los poderosos, (como Bush —dice— y toda esa gente), y son las que van dictando las pautas de la guerra y la paz. “Yo decía que no quería ser pesimista, pero en cierto modo lo que voy a decir lo confirmaría. Si la literatura sirviera para eso, ya hace tiempo hubiera lo-

grado la paz. Desde *La guerra y la paz*, de Tolstoy. Desde esas novelas memorables como *Adiós a las armas*, de Hemingway, o *Sin novedad en el frente*, de Remarque; o novelas de otra naturaleza sobre los crímenes que han sido testimonios sobre la perversidad de las guerras”.

Recuerda que Salvador Garmendia comentaba sobre la posibilidad de que un escritor influya en la sensibilidad de pequeños grupos, que pueden tener, a lo mejor, una moderada influencia en un sector de la sociedad, de la cultura y por esa vía pueda resultar algo significativo. “Pero nunca va a haber un best-seller que modifique los modelos de vida”.

Además, Juan Nuño le puso los pies en la tierra, en un programa de televisión que compartieron en México, cuando demostró implacablemente que la cultura no siempre sensibiliza para bien: “dejó claro que todos los cretinos del mundo son muy cultos. Los nazis se regocijaban con el arte y la música clásica, y eso no los hizo menos perversos”.